**Universidad de Buenos Aires – Facultad de Filosofía y Letras**

**Kevin Perez-Knees**

**Aves, cerdos e insectos: El mundo animal en *Los demonios* deFiódor Mijáilovich Dostoievski**

*Los demonios* es una novela del escritor moscovita Fiódor Mijáilovich Dostoievski (1821-1881) publicada en la revista literaria *El mensajero ruso* entre los años 1871 y 1872. A lo largo de la obra, pueden encontrarse numerosos pasajes en los que los personajes son comparados con animales. Daremos cuenta de una serie de casos particulares, clasificándolos en tres grupos claramente diferenciados con el fin de intentar demostrar que en cada uno de ellos, los individuos ocupan el mismo eslabón en la cadena. Comenzaremos por la primera clasificación: las aves y las serpientes.

Nikolai Vsevolódovich Stavroguin se encuentra casado en secreto desde hace algunos años con Maria Timofievna Lebiádkina, y en la segunda parte de la novela realiza una visita a su hogar. Ella, al verlo entrar, no lo reconoce y le informa que “no es posible que un águila se convierta en un mochuelo” (Dostoievski 2004: 253), para luego preguntarse a sí misma si una “lechuza era la que entraba por esa puerta” (Dostoievski 2004: 254), y terminar por gritarle: “Te pareces mucho a él […] pero el mío es un águila y un príncipe, mientras que tú eres un búho y un mercachifle. […] ¡Mi aguilucho nunca se hubiera avergonzado de mí ante ninguna señorita del gran mundo!” (Dostoievski 2004: 254)

María Timofievna acusa a Nikolai Vsevolódovich de ser un mero impostor de sí mismo (un “Grishka Otrépiev”)[[1]](#footnote-1), al compararlo con las ya mencionadas aves, lo cual resulta lógico si tenemos en cuenta que la etimología de su apellido se halla ligada a una. El primero en realizar dicha mención ornitológica es su hermano, el capitán Ignat Timofevich Lebiadkin, al informarle a la madre de Stavroguin, Varvara Petrovna Stavroguina, que su apellido “viene de *lebed*” (Dostoievski 2004: 161), que es la palabra rusa utilizada para “cisne”.

Varvara Petrovna es también definida como un ave a la hora de intentar proteger a su amigo Stepán Trofímovich Verjovenski, en la última parte de la obra. Ella, con sus “ojos de ave de rapiña” (Dostoievski 2004: 597) toma a la vendedora de evangelios Sofía Matvéievna “como un gavilán a un polluelo” (Dostoievski 2004: 598), y amenaza con sacarle los ojos, para luego preguntarle “qué clase de pájara” (Dostoievski 2004: 600) es. A manera de respuesta, Sofía Matvéievna debe referirle la historia de su vida, lo cual significa que es la biografía de cada persona la que indica la especie de ave a la que pertenece. Así como, citando a Tomás de Aquino, “Dios condujo a los animales ante Adán para que les impusiese un nombre que designaba su naturaleza” (Agamben 2006: 48), Varvara Petrovna debe saber en qué consistió la vida de la joven que se halla frente a ella para saber quién es.

Ahora bien, aquél que hace mención a los pájaros, sin identificarse en ningún momento como uno de ellos, es el hijo de Stepán Trofímovich: Piotr Stepánovich Verjovenksi. Éste acusa a Alexei Nylich Kirílov y a Iván Pavlóvich Shátov (ambos habitantes de la casa Filíppov, y vecinos del capitán Lebiadkin y de su hermana) de pertenecer a una sociedad secreta de revolucionarios, y le recomienda al gobernador Antón Antónovich Von Lembke que los vigile, pero no sin antes advertirle que “si se le ocurre hurgar en el nido antes de tiempo, los pájaros volarán” (Dostoievski 2004: 326). Más adelante le repite, a manera de recordatorio, que “no espante el nido antes de tiempo” (Dostoievski 2004: 328). Von Lembke, tiempo después, se ríe recordando cómo en su temprana juventud, “en el parque Alexándrovski, atrapó una vez un gorrión” (Dostoievski 2004: 404). Sin embargo, poco a poco va descubriendo que los gorriones han crecido a la vez que él ha envejecido, por lo que su captura se torna cada vez más difícil.

En este mundo de aves, Piotr Stepánovich aparece como una figura desagradable y monstruosa. Al no poseer alas, sino “una lengua de forma muy especial, infinitamente larga y delgada, horriblemente roja y con una punta aguda sobremanera” (Dostoievski 2004: 165) con la cual, de manera figurativa, atrapa a sus presas, él no es percibido sino como una serpiente: un depredador. Su mera imagen provoca rechazo a la vez que temor.

Podemos suponer que, como indica el juez Eugenio Raúl Zaffaroni, “valiéndose de las semejanzas físicas con algunos animales […] y de su parecido con tal o cual animal, [no es posible] deducir caracteres psíquicos y morales” (Zaffaroni 2009: 3), sin embargo, en el caso de *Los demonios*, la animalización de los personajes no será demostrada por sus rasgos físicos –en los cuales no haremos hincapié en lo restante– sino por la relación con sus semejantes. Lo que analizaremos no será meramente las características propias de cada individuo, sino el papel que cumple cada uno en contacto con el otro. En palabras de Gilles Deleuze y de Félix Guattari: “Nunca un hombre ha podido decir: "[…] soy un lobo…" Pero sí ha podido decir: "[…] soy a otro hombre lo que el lobo es al cordero.” (Deleuze y Guattari 2003: 243)

La serpiente a la que nos hemos referido es la que ve, también, Lebiadkin en Stavroguin, frente a quien se encoge “como un conejo ante una serpiente.” (Dostoievski 2004: 178), similar a lo referido por Verjovenski, quien dice sentirse frente a él como “un gusano” (Dostoievski 2004: 382), lo cual, por otra parte, no es sino una mentira, como veremos más adelante.

Además de la de las aves, proponemos una segunda categoría, que es la de los animales de granja.

Shátov, al presentarse el alférez Erkel a las puertas de su hogar para solicitarle que señale el lugar donde se halla escondida una imprenta, le informa al recién llegado que éste forma parte de “esa clase de ganado […] que *ellos* necesitan.” (Dostoievski 2004: 523, las bastardillas son mías) Entendiéndose *ellos* como los pertenecientes al secreto “quinteto” revolucionario. Shátov percibe a Erkel como un dócil agente a las órdenes de Verjovenski, mientras que él posee la errónea convicción de haberse desligado definitivamente del ganado y, por ende, del matadero.

El rebaño, por otra parte, no es presentado en todos los casos como dócil, ya que los obreros de la fábrica Shpligulin se muestran tercos “como un rebaño de ovejas junto a una tapia” (Dostoievskí 2004: 399) al solicitar hablar con el gobernador Von Lembke; mas sí como idénticos entre sí, puesto que, como le explica Piotr Stepánovich a Nikolai Vsevolódovich, “en un rebaño ha de existir la igualdad” (Dostoievski 2004: 381). Nótese que, de igual manera a como sucedía en el caso ornitológico, es nuevamente Verjovenski quien agrupa al resto de la humanidad en una categoría, sin hallarse él mismo incluido en ella; intentando, así, atraer más y más a Stavroguin, y buscando que éste crea que ambos se encuentran en el mismo escalón como depredadores.

Hacia el final de la novela, Stepán Trofímovich agrega otro grupo de animales de granja: los cerdos. El anciano, poco antes de su muerte, le pide a Sofía Matvéievna que le recite los versículos 33 y 34 del capítulo 8 del Evangelio de San Lucas, del cual recuerda “vagamente [que] los demonios entraron en los cerdos y todos se ahogaron.” (Dostoievski 2004: 595). El viejo Verjovenski interpreta que estos demonios que salen del enfermo y entran en los cerdos “representan todas las lacras, todos los miasmas, toda la basura, todos los diablos y todos los diablillos que han ido acumulándose en nuestra grande y adorable enferma, en nuestra Rusia, durante siglos y siglos” (Dostoievski 2004: 595), y agrega, luego: “Eso somos nosotros; nosotros y aquellos, […] y tal vez yo sea el primero, el que va a la cabeza; y nos lanzaremos, demenciales y endemoniados” (Dostoievski 2004: 596).

Stepán Trofímovich se ve a sí mismo como un cerdo, al cual puede haber ingresado un espíritu demoníaco, que no es otro que la revolución que tanto desprecia. Como informa el narrador, “ni él mismo estaba seguro de pertenecer a alguna sociedad secreta.” (Dostoievski 2004: 391)[[2]](#footnote-2) Por otra parte, debe recordarse que Stepán Trofímovich no es otro que quien engendró a "Petrusha", es decir, siente que posee algún mal dentro, el suficiente como para haber podido ser partícipe de la creación de semejante monstruo.

Para controlar a los animales de granja, Piotr Stepánovich le indica a su antiguo compañero Von Lembke, que “a lo mejor hay un millón de sabuesos buscándolos, pero, ¿a cuántos han descubierto?” (Dostoievski 2004: 325) y agrega, jocoso: “¡Con la de sabuesos […] que debe usted tener dispuestos, je, je, je!” (Dostoievski 2004: 328-329) De esta manera, Verjovenski, nuevamente, se separa de los demás animales, y se autopercibe como aquél que se codea con quien domina –o cree dominar– a los sabuesos que controlan al ganado, al rebaño y a la piara para que no se dispersen y, llegado el caso, los conducen hacia su muerte.

Más allá de las aves y de los animales de granja, proponemos una tercera y última categoría, y es la del orden de los insectos. Dentro de ésta, comenzaremos por las cucarachas.

Existen dos personajes que se autodefinen como pertenecientes a este subgrupo, el primero de ellos es Stepán Trofímovich, quien le reprocha al narrador, Antón Lavréntevich G-v, que no lo “anonade con esos gritos; ya sin necesidad de ellos [se siente] aplastado como… una cucaracha” (Dostoievski 2004: 114), es decir, abatido o derrotado: un comportamiento usual en este individuo a lo largo de toda la novela.

El segundo personaje que se considera una cucaracha es quien momentos antes fuera un cisne: el capitán Lebiadkin. Éste le recita a Varvara Petrovna, su fábula “La cucaracha”: “*La cucaracha vivió / feliz y sin cuidado, / hasta que un vaso cayó / de moscas abarrotado*” (Dostoievski 2004: 161), para luego explicar que “cuando las moscas se agolpan dentro de un vaso, se devoran las unas a las otras” (Dostoievski 2004: 161). Aquí Lebiadkin prevé lo que les sucederá tanto a Stepán Trofímovich como a él: ellos son seres cansados que entran en contacto con las moscas quienes, al comerse las unas a las otras, acabarán con sus vidas.

Ahora bien, los seguidores de Piotr Stepánovich pertenecen a este grupo de revoltosos insectos voladores, ellos “se percataban de que habían caído como moscas en la tela de una araña gigantesca; sentían rabia, pero temblaban de miedo.” (Dostoievski 2004: 503) La araña a la que hacen referencia no es otra que su líder. Pero él mismo, una vez más, se autodefine como la presa frente a Stavroguin: “Usted, usted es quien me hace falta. Sin usted soy un cero. Sin usted *soy una mosca*” (Dostoievski 2004: 382, las bastardillas son mías), para tiempo después mostrar su verdadero rostro en un arranque de furia, al decir del presidiario Fedka que “aunque se vaya al fin del mundo… lo aplastaré como a una mosca…” (Dostoievski 2004: 512). Piotr Stepánovich confiesa aquí no pertenecer a esa clase de insectos, sino a los animales que los matan: la telaraña en *Los demonios* no es otra que la que él mismo teje. Fedka queda atrapado en sus redes y, al día siguiente de haber sido presagiada su muerte, su cuerpo es encontrado sin vida.

Daria Pavlovna le pregunta a Nikolai Vsevolódovich si “no se da cuenta de que ésos [el capitán Lebiadkin y su hermana] lo han enredado […] por todas partes en su tela de araña” (Dostoievski 2004: 268) y, tiempo después, Lizaveta, le informa que “siempre me ha parecido que usted me llevaría a un antro en el que vive una enorme y furiosa araña, del tamaño de un hombre, donde nos pasaríamos la vida entera mirándola horrorizados.” (Dostoievski 2004: 479).

En un principio, "Dasha" veía la telaraña en la que se hallaban atrapados tanto María Timofiévna como su hermano creyendo que ellos la habían tejido, pero Lizaveta logra ver a la araña misma, que no es otra que Piotr Stepánovich Verjovenski. La confusión es provocada porque, según explica el filósofo italiano Giorgio Agamben, “los hilos de la tela están exactamente proporcionados a la capacidad visual del ojo de la mosca, que no puede verlos y vuela entonces hacia la muerte sin darse cuenta.” (Agamben 2006: 83) Daria Pavlovna es una mosca del mismo modo que lo son el capitán Lebiadkin y su hermana.

Shátov posee no una sensación, sino un sueño terrorífico, “una especie de pesadilla: soñó verse atado a su cama con muchas cuerdas que le impedían el menor movimiento” (Dostoievski 2004: 515-516) y de la misma manera se siente su esposa, María Ignátievna, quien “yacía estirada, inmóvil y como temerosa de moverse” (Dostoievski 2004: 527). Éstas no son más que sensaciones premonitorias del matrimonio de los Shátov, que prevén la manera en que morirá Iván Pavlóvich: enredado en la figurativa telaraña de Verjovenski, y atrapado entre sus redes como un insecto.

El tercero en soñar con una representación de Piotr Stepánovich no es otro que su padre, quien, hacia el final de la novela, le cuenta a Sofía Matvéievna “que veía en sueños una mandíbula descarnada, mostrando los dientes, y que esto le producía horror.” (Dostoievski 2004: 587). El anciano se halla inmerso en la telaraña de tal manera que ya puede ver las fauces abiertas del monstruo depredador en que se ha convertido su hijo, quien se halla dispuesto a devorarlo.

Pero las redes que usa Piotr Stepánovich no son sólo para atrapar a los personajes de la novela, sino que “a la pregunta de si existían muchos grupos, [Liamshin] respondió que eran innumerables, que toda Rusia estaba envuelta en la red” (Dostoievski 2004: 610). No resulta ilógico, entonces, que, al encontrarse como "depredador máximo" (Zaffaroni 2009) de Rusia, Verjovenski convenciese a sus víctimas al poner “en primer plano el temor animal o la amenaza al propio pellejo […]. Cierto que en todo predominaba la lucha por la existencia y no había más principio que éste” (Dostoievski 2004: 503). Éste presenta en su discurso “la brutal lucha sangrienta en la que sobrevive el más cruel y despiadado, de lo que [Herbert] Spencer deducía que no había que practicar ni siquiera la piedad hacia los semejantes.” (Zaffaroni 2009: 34) Por otra parte, él no concibe semejantes, sino sólo insectos inferiores.

Ahora bien, como informa Zaffaroni, citando al físico austríaco Fritjof Capra: “al final, los agresores se destruyen a sí mismos, dejando el puesto a otros individuos que saben cómo cooperar y progresar. Por ende, la vida no es sólo una lucha competitiva, sino también un triunfo de la cooperación” (Zaffaroni 2009: 34). Piotr Stepánovich debe escapar de la ciudad, y sus redes hasta ese momento invisibles son descubiertas inmediatamente.

Por otra parte, Nikolai Vsevolódovich, a quien Verjovenski concebía –o decía concebir– como a un igual o incluso superior, termina sus días prontamente, mediante el suicidio. Lo encuentra su madre ese mismo día, colgando de una cuerda, como si fuera, al igual que Shátov, una mosca atrapada en una telaraña.

En conclusión, podemos informar que a lo largo de toda la novela, la población rusa es identificada con diferentes grupos de animales, mientras que el siniestro Piotr Stepánovich Verjovenski toma en todos los casos el papel de depredador máximo. Él es la serpiente que ataca al ave, el que acompaña a los sabuesos que guían al ganado al matadero, y la araña que atrapa a la mosca. Pero el hecho de ser un depredador no sólo no lo exime de formar parte del reino animal, sino que incluso lo obliga a pertenecer. En otras palabras, citando al capitán Lebiadkin, “Rusia es un juego de la naturaleza” (Dostoievski 2004: 242), y lo que logra la pluma de Dostoievski en *Los demonios* es mostrar, si no las reglas, al menos la relación entre sus jugadores.

**BIBLIOGRAFÍA:**

Agamben, Giorgio. *Lo abierto. El hombre y el animal*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2006.

Deleuze, Gilles; Guattari, Félix. “Meseta 10. Devenir-intenso, devenir-animal, devenir-imperceptible”. En: *Mil mesetas.* Valencia: Pre-textos, 2003, pp. 239-315.

Dostoievski, Fiódor. *Los demonios*. Buenos Aires: Ediciones Libertador, 2004.

Zaffaroni, Eugenio Raúl. *La* Pachamama *y el humano*. (Material provisto por la cátedra de Literaturas Eslavas para la carrera de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2019)

1. El pensamiento de María Timofiévna no se halla tan errado, ya que más adelante, Piotr Stepánovich Verjovenski efectivamente le propondrá proclamar “al zarévich Iván: a usted, a usted.” (Dostoievski 2004: 384) [↑](#footnote-ref-1)
2. Stepán Trofímovich Verjovenski no es el único que sospecha estar poseído por un gen revolucionario, ya que, según se relata en la novela de Dostoievski, “el consejero Kúbrikov, un sexagenario con la orden de San Estanislao al cuello, compareció ante las autoridades, sin que nadie lo citase y, con voz empañada por la emoción, declaró haberse hallado indubitablemente, y a lo largo de tres meses, bajo la influencia de la Internacional. Cuando, con el respeto debido a sus años y a sus méritos, se le pidió una explicación de más fundamento, no pudo exhibir documento alguno, limitándose a declarar que "percibía esta sensación con todos sus sentidos".” (Dostoievski 2004: 422). [↑](#footnote-ref-2)